

Tres días de lluvia torrencial, fenómeno muy raro en Roma en el estío, y de granizo, que caía no sólo durante el día, sino también de noche, interrumpieron las diversiones del Circo. El pueblo estaba impresionado. Se aseguraba una mala cosecha, y cuando un rayo destruyó la estatua de Ceres sobre el Capitolio, se ordenó inmediatamente la celebración de sacrificios en el templo de Júpiter Salvador. Los sacerdotes de Ceres afirmaron que la conducta de los cristianos había atraído la cólera de los dioses sobre la ciudad, por lo cual, á pesar del mal tiempo, la plebe reclamaba la continuación de los espectáculos. Toda Roma parecía estar ebria de alegría al publicarse la noticia de que á los pocos días se reanudarían las funciones en el Anfiteatro.

Sobre la ciudad brillaba un cielo azul. Desde las primeras horas de la madrugada, legiones de curiosos iban llenando el Circo. César, puntual como siempre, entró rodeado de su corte y acompañado de las vestales. El espectáculo debía empezar con una lucha entre cristianos, á quienes con este objeto se había vestido de gladiadores y provisto de toda clase de armas. Pero desde el principio el público sufrió una desilusión. Los cristianos, arrojando al suelo las lanzas, las espadas y las redes, se abrazaron y se animaron mutuamente á afrontar el suplicio y la muerte. La ira se apoderó de los espectadores, algunos de los cuales calificaban á los cristianos de miserables y cobardes; otros afirmaban que aquellos desgraciados se habían puesto de acuerdo para burlarse del pueblo y privarle del placer de asistir á un ardoroso combate. Por último, César mandó que se presentaran verdaderos gladiadores, los cuales en pocos minutos acabaron con sus víctimas, postradas é inermes.

Cuando fueron retirados de la arena los cadáveres, se representó una serie de cuadros vivos, de argumento mitológico, invención del mismo César. Se vió desaparecer á Hércules entre las llamas, sobre el monte Eta. Vinicio tembló al pensar que Ursus hubiese sido el elegido para representar el hijo de Alcmena. Pero no le había llegado el turno al siervo fiel de Licia, pues atado al palo incandescente Vinicio vió á otro cristiano, cuyo rostro le era completamente desconocido.

Los personajes del cuadro siguiente estaban caracterizados por dos amigos de Quilón, á quien el emperador obligó á asistir al espectáculo. Se representaba la muerte de Dédalo y de Icaro; el primero personificado en Euricio, el viejo de quien aprendió Quilón el significado del pez; Icaro representado por Cuarto, el hijo de aquel infeliz. Por medio de una máquina complicada, ambos fueron suspendidos en el aire, á una gran altura, y luego lanzados al suelo con tanta fuerza que quedaron horriblemente destrozados. Cuarto cayó tan cerca del podio de César, que su sangre salpicó los adornos del palco y la colgadura de púrpura que cubría la balaustrada. Quilón cerró los ojos y no vió la caída, pero oyó el tremendo golpe, y cuando

vió las manchas de sangre á su alrededor, estuvo á punto de perder el sentido por segunda vez.

Los cuadros se sucedían unos á otros rápidamente. Figuraron en ellos las sacerdotisas de Cibele y de Ceres, las Danaides, Dirce y Pasifae. Después aparecieron niñas de corta edad que fueron desgarradas por caballos furiosos y salvajes. A cada momento el pueblo tributaba estruendosos aplausos á las invenciones de Nerón; éste, orgulloso del éxito, miraba atentamente á través de su esmeralda, ocultando el hastío que le producía la vista de aquellos cuerpecitos blancos ensangrentados y de las desesperadas convulsiones de las víctimas.

A los cuadros mitológicos siguieron los históricos de asuntos romanos. Presentóse, en primer lugar, un Mucio Escévola, cuya mano atada á un trípode, sobre el fuego, esparció por todo el Circo el olor de carne quemada. El mártir, semejante al verdadero Escévola, no dió ni un grito; pero alzando los ojos, murmuró una ardiente plegaria. Apenas exhaló el último suspiro, fué arrastrado al *Spoliarium* y en aquel instante sonó la señal para el descanso del mediodía.

César, con las vestales y los cortesanos, abandonó el Anfiteatro, trasladándose á un gigantesco pabellón, donde se había preparado para él y sus acompañantes un succulento banquete. La mayor parte del público siguió su ejemplo, dispersándose en grupos pintorescos alrededor del pabellón, para mover los miembros entorpecidos por la inacción y para comer los manjares que los esclavos de César iban repartiendo. Los más curiosos prefirieron bajar á la arena, tocar con sus manos la tierra embebida en sangre y cambiar impresiones acerca de lo que sucedía y de lo que iba á suceder. Éstos se unieron poco después á los otros y sólo quedaron dentro del Circo unos cuantos, no tanto por curiosidad, cuanto por la piedad que les inspiraban las víctimas; se ocultaban detrás de los asientos ó en las filas más bajas.

La arena, en tanto, había sido igualada y los esclavos cavaron en ella varias hileras de hoyos, la última de las cuales llegaba muy cerca del podio de César. Fuera, el pueblo alborotaba saludando al emperador con gritos de júbilo; dentro, se preparaban nuevos martirios. En un momento dado se abrieron los *cuniculos* y fueron empujados hacia la arena varios grupos de cristianos desnudos y cada uno de ellos con su cruz á cuestas. Veíanse allí viejos encorvados y vacilantes bajo el peso del madero, hombres en el vigor de la edad, mujeres que con los cabellos sueltos trataban de cubrir su desnudez, muchachos y niños de pecho. Las víctimas y las cruces iban adornadas con guirnalda de flores. Los siervos del circo les golpeaban con mazas, obligándoles á colocar la cruz en el hoyo que á cada uno se había destinado y á ponerse en fila. Así se condenaba á morir á los que no habían podido ser pasto de las fieras en el espectáculo del primer día. Esclavos negros cogían á las víctimas, y tendiéndolas en posición supina sobre las cruces, les clavaban las manos y los pies apresuradamente, á fin de que el pueblo, después del intermedio, hallase todos los maderos levantados. Los martillazos resonaban en el Circo y llegaban hasta el pabellón donde se encontraba César, rodeado de sus cortesanos. Allí Nerón, libando cálices frecuentemente, se mofaba de Quilón y murmuraba palabras picarescas al oído de las vestales. En la arena atravesaban las manos y los pies de los mártires, mientras las azadas rellenaban los hoyos donde se habían plantado las cruces. Entre las víctimas de aquel día se hallaba Crispo, á quien se condenaba á la crucifixión por haberle respetado los leones. Siempre dispuesto á morir, gozaba viendo su fin tan próximo.

Su cuerpo descarnado y escuálido se presentaba desnudo, llevando sólo ceñida á la cintura una guirnalda y á la cabeza una corona de rosas. Pero sus ojos centelleaban aún, y hasta la expresión austera y fanática de su rostro resaltaba extraordinaria-

mente bajo aquella corona. Su espíritu era el mismo. Como en el *cuniculum* la primera vez, tampoco en el momento supremo encontraba una palabra de consuelo para sus hermanos.

— Dad gracias al Salvador, gritaba á sus compañeros, por haberos concedido su misma muerte. Quizá por esta razón se os perdonarán en parte vuestros pecados; pero temblad, porque la justicia debe cumplirse; no puede corresponder al justo la misma recompensa que al malvado.

Los martillazos acompañaron sus palabras. Se iban levantando nuevas cruces sobre la arena, y él, dirigiéndose á los cristianos que tenía más cerca, prosiguió:

— ¡Veo abrirse el cielo, pero también veo el horrendo abismo! Temo ante la justicia, por más que haya creído y haya odiado el mal. No tengo miedo de la muerte, pero sí de la resurrección; yo no temo el martirio, pero sí el juicio; porque el día del castigo está muy cerca.

En aquel instante, de las filas más bajas del Anfiteatro surgió una voz solemne:

— No el día del castigo, sino el de la misericordia, de la redención, de la felicidad; porque os digo que Cristo os acogerá, os consolará y os colocará á su lado. ¡Esperad! ¡El cielo se abre para vosotros!

Todos los ojos se volvieron hacia el lugar de donde partía la voz; hasta los que se hallaban ya clavados en la cruz se agitaron entre los espasmos de la agonía para distinguir al hombre que había hablado de aquel modo. Éste, acercándose á la balaustrada, bendijo con la señal de la cruz á los condenados. Crispo extendió los brazos hacia él para reprenderle. Pero no tardó en reconocer aquella figura que ante él se presentaba, y dejando caer los brazos, exclamó:

— ¡Pablo, el apóstol!

Los siervos del Circo vieron con gran sorpresa caer de rodillas á todos los cristianos no crucificados aún. Pablo se dirigió á Crispo:

— ¡No les amenes, Crispo! ¡Hoy estarán contigo en el Paraíso! ¿Crees que pueden ser condenados? Pero ¿por quién? ¿Por Dios, que dió á su Hijo por ellos? ¿Por Cristo, que murió para redimirlos? ¿Debe condenarlos, cuando mueren por su amor? ¿Cómo puede condenarlos el Dios de la misericordia? ¿Quién se atreve á acusar á los elegidos del Señor? ¿Quién osaría afirmar que su sangre está maldita?

— ¡Yo he odiado el mal!, respondió el anciano Crispo.

— El mandato de Cristo de amar á los hombres es más importante que el de odiar el mal; porque su doctrina no es odio, sino amor.

— ¡He pecado en la hora de la muerte!, repuso Crispo, golpeándose el pecho.

El inspector del Circo, acercándose al apóstol, le preguntó:

— ¿Quién eres tú, que así te atreves á hablar á los condenados?

— Un ciudadano romano, respondió Pablo con calma.

Y continuó dirigiendo la palabra á Crispo:

— ¡Espera, porque hoy es día de gracia! ¡Muere en paz, siervo de Dios!

Los negros se acercaron á Crispo, quien dirigió en torno una mirada y exclamó:

— ¡Hermanos, rogad por mí!

Su semblante perdió su dureza habitual, dibujándose en él una dulce expresión de paz. Para facilitar la operación, extendió él mismo los brazos sobre la cruz, y oró con los ojos levantados al cielo. Parecía que había perdido la sensibilidad. Los clavos le atravesaron la carne sin que su cuerpo temblase y sin que su rostro denunciase ni una sombra de temor. Continuaba rezando mientras alzaban la cruz y la fijaban en el hoyo. Sólo cuando en el Anfiteatro resonó el estrépito producido por la muchedumbre que lo invadía, arrugó las cejas, como disgustado de que un pueblo pagano turbase la paz de una muerte tan dulce.

Todas las cruces estaban alzadas. La arena se había transformado en un bosque, de cuyos árboles colgaban hombres; el sol se reflejaba sobre las cabezas y los brazos de los mártires; lo demás quedaba envuelto en sombras densas; sólo algún rayo de luz parecía penetrar á través de una reja. El placer de los espectadores consistía en contemplar aquella muerte lenta; nadie había visto hasta entonces número tan grande de cruces. Los siervos del Circo á duras penas podían moverse en aquel espeso bosque. De las cruces situadas en primer término pendían exclusivamente mujeres; Crispo, como uno de los jefes cristianos, estaba colocado casi frente al palco imperial. Su cruz era mayor que las otras y estaba adornada con madreseiva. No había expirado aún ninguno de los crucificados; pero muchos empezaban á perder el conocimiento. Ni siquiera un gemido salía de sus pechos, sobre los cuales dejaban algunos caer la cabeza, como si estuviesen dormidos; otros parecían absortos en contemplación, y muchos, mirando al cielo, dirigían plegarias al Señor.

¡Parecía que un presentimiento de futuras desgracias aleteaba sobre aquel bosque de flores, sobre aquellos cuerpos martirizados, sobre aquellas víctimas destrazadas y mudas!

Al estrépito del primer instante siguió un profundo silencio; nadie sabía qué pensar de semejante espectáculo, ni sobre qué cruz fijar sus miradas. La desnudez de tantas figuras femeniles no producía impresión alguna en los espectadores. Nadie apostaba sobre quién sería el primero en morir, aunque las apuestas estaban á la orden del día. El mismo César estaba aburrido y se volvió de espaldas á la arena, para arreglarse la cadena que le adornaba el cuello.

Crispo, con los ojos cerrados, casi moribundo, levantando un instante los párpados, dirigió una mirada á Nerón. Su rostro adquirió tal expresión de cólera y sus ojos centellearon con tanto furor, que los augustianos se lo señalaron mutuamente, y César, exasperado, acercó á la vista su esmeralda para examinar á aquel hombre.

Siguió un profundo silencio. Todas las miradas se clavaron en Crispo: éste, agitando el brazo derecho, parecía querer separarlo de la cruz. Después de un instante el pecho se le levantó como por un esfuerzo indecible, y gritó con voz espantosa:

— ¡Ay de ti, matricida!

Los augustianos no se atrevían á respirar oyendo aquella tremenda acusación, dirigida, en presencia de tantos millares de personas, al señor de la tierra. Quilón estaba medio muerto. César, palpitante, dejó caer la esmeralda; el pueblo escuchaba mudo y ansioso, y en aquel silencio inmenso y solemne, exclamó la voz terrible:

— ¡Ay de ti, matricida, fratricida! ¡Ay de ti, Anticristo! ¡El abismo se abra y te trague! ¡Tienes la tumba preparada! ¡Morirás en el horror, serás condenado por una eternidad! ¡Ay de ti, cadáver ambulante!

No pudiendo separar la mano de la cruz, se agitaba de un modo desgarrador, ofreciendo un espectáculo tremendo y espantoso. Inexorable como el hado, seguía sacudiendo la cabeza encanecida y mirando al podio, mientras las rosas, deshojadas, se le caían de la frente.

— ¡Ay de ti, asesino! ¡Ha sonado tu hora!

Hizo un último esfuerzo para tender la mano hacia Nerón; pero de pronto los brazos extenuados se alargaron, el cuerpo quedó rígido y la cabeza se le cayó sobre el pecho. ¡Había muerto!

¡En aquel bosque de cruces casi todas las víctimas más débiles dormían ya el sueño eterno!

LVIII

— Señor, dijo Quilón, el mar está tranquilo como una balsa de aceite, las olas parecen dormidas. Vámonos á la Acaya. Allí te espera la gloria de Apolo, allí te preparan coronas y triunfos; tu pueblo quiere divinizarte; los dioses te acogerán como un huésped, como su igual. ¡Pero aquí, señor!.. Aquí... tu...

Sus labios empezaron á temblar con tanta vehemencia, que hacían incomprensibles sus palabras.

— Después de los espectáculos emprenderemos el viaje, respondió Nerón. Yo sé que aún hay quien juzga inocentes á los cristianos. Si yo me ausentase, esta opinión se extendería. ¿De qué tienes miedo?

Arrugando la frente, fijó la mirada en Quilón, como esperando su respuesta; porque toda su serenidad no era más que ficción. Las palabras de Crispo le habían impresionado, y de vuelta en el Palatino, en parte por la ira y la vergüenza, en parte por el temor, no le había sido posible tranquilizarse.

Vestinio, que mudo había escuchado aquel diálogo, miró en torno y dijo en tono misterioso:

— No desoigas á ese viejo, señor; los cristianos tienen algo extraño. Su Dios les consuela en la hora de la muerte; pero no desconocerá la venganza.

— No fui yo, sino Tigelino, quien organizó los espectáculos, contestó en seguida Nerón.

— Sí, yo mismo, interrumpió Tigelino, que había oído la respuesta de César, y me río de todos los dioses de los cristianos. Vestinio está lleno de supersticiones, y este valeroso griego se muere de miedo si ve una clueca con las plumas levantadas que defiende á los polluelos.

— Es verdad, dijo Nerón; pero ordena que de ahora en adelante á los cristianos se les arranque la lengua y se les tape la boca.

— ¡Se les aplicará el fuego, divino!

— ¡Ah! Me siento mal, gimió Quilón.

César, á quien la crueldad de Tigelino infundía alientos, se puso á reír y dijo, señalando al griego:

— ¡Mirad, mirad el rostro del descendiente de Aquiles!

Y en verdad, la fisonomía del pobre filósofo producía espantosa impresión. Sus cabellos habían encanecido por completo, y en su semblante se reflejaban el temor, la inquietud y la angustia; su mirada expresaba una turbación y una dolorosa falta de conciencia; algunas veces no respondía á las preguntas que se le hacían, otras se enojaba por nada, desatándose en improperios contra los que le hablaban.

— ¡Hacedme lo que queráis, pero no asistiré á los espectáculos!, gritó excitadísimo.

Nerón le miró detenidamente y ordenó á Tigelino:

— Cuida de que en los jardines tenga cerca de mí á este estoico.

El tono amenazador de la voz de Nerón hizo estremecer al griego.

— ¡Oh, señor, dijo; no veré nada, porque de noche mis ojos apenas ven!

— La noche será clara como el día, respondió César con siniestra sonrisa.

Luego conversó con sus cortesanos sobre las carreras de caballos, que, á su juicio, debían celebrarse inmediatamente después de los martirios de los cristianos.

Petronio se acercó á Quilón, y golpeándole los hombros, le dijo:

— ¿No te dije que no podrías soportarlo?

— ¡Quisiera beber!, exclamó Quilón cogiendo con la mano temblorosa un cáliz de vino, pero sin lograr aproximarlo á los labios.

Vestinio, notándolo, se lo puso en la boca, y acercándose mucho á Quilón, mirándole con curiosidad y terror, le preguntó:

— ¿Te persiguen las Furias?

— No, respondió el griego, pero ante mis ojos no hay nada más que tinieblas.

— ¿Cómo tinieblas? ¡Que los dioses te protejan! ¿Cómo tinieblas?

— Tinieblas oscuras y espantosas, entre las que se agita algo que se aproxima, pero no sé lo que es... ¡Estoy fuera de mí!

— Siempre he creído en los sortilegios. ¿Sueñas algo?

— No, porque no duermo. ¡No creí que fueran castigados de ese modo!

— ¿Te inspiran compasión?

— ¿Por qué derramáis tanta sangre? ¿Oíste lo que dijo aquel hombre sobre la cruz? ¡Ay de nosotros!

— Lo oí, respondió Vestinio en voz baja; pero ellos son los incendiarios.

— ¡No es verdad!

— Y enemigos del género humano.

— ¡No es verdad!

— É infanticidas.

— ¡No es verdad!

— ¿Cómo?, dijo Vestinio sorprendido. ¡Pero si lo has dicho tú mismo! ¡Si tú mismo los pusiste en manos de Tigelino!

— Por esto me rodea la noche y la muerte se me acerca. A veces me parece estar ya muerto y que lo estáis también vosotros.

— ¡Ellos deben morir, nosotros viviremos! Pero dime, ¿qué ven á la hora de la muerte?

— Á Cristo.

— ¡Su Dios! ¿Es poderoso?

Quilón respondió con una pregunta:

— ¿De qué clase son las hachas que han de arder en los jardines? ¿Has oído lo que sobre esto ha dicho César?

— He oído y he visto. Esas hachas se llaman *sarmentii* y *semaxii*. Se viste á una persona con la *túnica de pena*, se la sumerge en la pez y luego se la ata á una columna y le aplican el fuego á los pies. ¡Que el Dios de los cristianos, irritado, no mande una nueva calamidad sobre Roma, porque los *semaxii* son un tormento horrible!

— Pero á lo menos no se ve sangre, respondió Quilón. Ordena á un esclavo que me acerque el cáliz á la boca. Quisiera beber, pero vierto el vino; me tiembla la mano. También los otros hablaban de los cristianos; el viejo Domicio Afro los despreciaba.

— Hay tantos, decía, que podrían provocar una guerra civil. ¡Y admiraos!, se temía que se armasen y ahora los veis morir voluntariamente y sin defenderse.

— ¡Que intenten morir de otro modo!, interrumpió Tigelino.
 Petronio replicó:
 — Os engañáis; ¡ellos se arman!
 — ¿De qué?
 — ¡De paciencia!
 — Es un arma de nueva invención.
 — ¡Es verdad! Pero ¿podréis decir que mueren como delincuentes vulgares? ¡No!
 Mueren como si los delincuentes fueran sus jueces, esto es, nosotros y todo el pueblo romano.
 — ¡Qué locura!, exclamó Tigelino.
 — *Hic abderal*, repuso Petronio.
 Otros, sorprendidos de la exactitud de aquellas palabras, se miraron estupefactos y respondieron:
 — ¡Sí, en su muerte hay algo extraño!
 — ¡Os digo que ven á su Dios!, contestó Vestinio.
 Un grupo de cortesanos se dirigió á Quilón, diciendo:
 — ¡Anciano! Tú que los conoces, dínos: ¿qué es lo que ven?
 El griego, vertiendo el vino sobre su túnica, respondió:
 — ¡La resurrección!
 Y se puso á temblar con tanta violencia, que cuantos le rodeaban prorrumpieron en estrepitosas carcajadas.

LIX

Hacía algunas noches que Vinicio no dormía en casa de Petronio. Éste suponía que su sobrino estaba ideando algún proyecto para libertar á Licia de la cárcel del Esquilino; pero no quería mezclarse en el asunto por temor de que su ingerencia fuese causa accidental de un funesto resultado. Aquel espíritu esencialmente escéptico parecía en cierto modo haberse vuelto algo supersticioso. No habiendo logrado la liberación de Licia de la cárcel Mamertina, dejó de creer en su buena estrella.

Además, los proyectos del sobrino le parecían irrealizables. La cárcel del Esquilino, construída con gran precipitación sobre las ruinas de aquellas casas derribadas para impedir la propagación del incendio, no era tan espantosa como el antiguo Tuliano; pero en cambio la vigilancia que allí se ejercía era mucho más severa. Petronio comprendía que el traslado de Licia á la nueva cárcel obedecía al deseo de que no muriese tan pronto, á fin de reservarla para un espectáculo del Anfiteatro, por lo cual la desgraciada joven sería vigilada con extremado rigor.

«Claro está, decía entre sí, que César y Tigelino habrán ideado para ella un espectáculo que obscurecerá á cuantos se han celebrado hasta ahora. Es más fácil para Vinicio perderse él mismo que salvar á Licia.»

También el joven guerrero había perdido la esperanza de salvarla. ¡Sólo Cristo podía hacerlo! Su único anhelo era visitar á su esposa en la prisión.

Fijo en la idea de que Nazario había logrado entrar en la cárcel como sepulturero, decidió seguir el mismo camino.

El inspector de las cloacas, sobornado de antemano con una enorme suma, lo tomó como uno de los empleados que entraban todas las noches en la cárcel para recoger los cadáveres. No había gran peligro de que el tribuno fuese reconocido; la noche, el traje de esclavo y la escasa luz de la prisión le protegían suficientemente. ¿A quién podía ocurrírsele que un patricio, un hijo y sobrino de cónsules, se uniese á los sepultureros para exponerse á los miasmas de las cloacas y de la cárcel? De este modo se dedicaba á un oficio al que sólo arrastraban la esclavitud ó una gran necesidad.

Cuando llegó la noche, Vinicio se envolvió en una túnica, y con la cabeza cubierta con un lienzo embebido en trementina, se dirigió temblando, en compañía de otros esclavos, al Esquilino.

Los pretorianos no opusieron objeción, pues todos presentaron sus contraseñas, que el centurión examinó á la luz de una linterna. Se abrió la puerta de hierro y entraron los esclavos.

Vinicio se encontró en una especie de cueva alta y vastísima, desde donde pasó á un subterráneo que reunía iguales condiciones. Una luz débil é incierta iluminaba aquella estancia donde estaban aglomerados los prisioneros: algunos ya-